

2687

Señor D. D. José de la Cruz

ESTUDIOS DE DERECHO INTERNACIONAL

II

Wilson y el Wilsonismo

POR

ALBERTO ULLOA

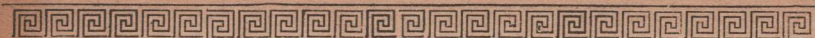
Profesor en la Universidad de Lima



L I M A P E R U

1 9 2 4

Casa Editora Sanmartí y Cía.



La lucha armada que hizo trepidar la tierra de 1914 a 1918 se sigue librando entre palabras de paz. Tal vez por esto se explica que las ideas y los sentimientos de la humanidad durante aquel lustro no hayan tomado todavía en los espíritus las formas profundas de una leyenda emocional.

Es evidente la impotencia de los hombres que dirigen el reajuste de la política europea para encontrar las fórmulas de vida que sosieguen el apetito y la inquietud de los vencedores y que apacigüen la rencorosa resistencia de los vencidos. Como en cuentos macabros, el espectro de la guerra reaparece todas las noches a la cabecera de un mundo en vela.

Pero hoy o mañana, a la presión de los pueblos fatigados, por el invisible impulso de las fuerzas morales o bajo la exigencia de las necesidades económicas, la gran paz ha de venir; o al menos la paz larga y confiada que permita a los pensamientos recogerse y a las conciencias expandirse. En ese momento sonará de nuevo en cada espíritu una voz cuya entonación reviva inolvidables horas y al reconocerla la humanidad volverá a ser del hombre inmenso que durante cinco años la enamoró de una moral austera, de una justicia clara, de una ilusión fraterna.

Pastor, Maestro, Apóstol, Mesías, Salvador, Justo, Profeta: ¿Qué nombre no se arrancó a las religiones para ungir con él al Presidente? Ninguno talvez conviene más a su actitud, a su suave dirección, a su misión conciliadora, que este título civil y tranquilo. Eso fué Mr. Wilson, Presidente; pero nó en la nomenclatura democrática americana, sino en la vida humana; no un Presidente: el Presidente, así, por definición y por antonomasia.

Ciertos biógrafos han de buscar, en atavismos minuciosos, cómo influyeron en la formación de sus tendencias, antepasados celtas y escoceses. Otros encontrarán talvez en su instrucción un poco nómada—de Virginia a Columbia, a Carolina, a Washington, a John Hopkins—una contradicción inexplicable de sus firmes direcciones espirituales. Quizá algunos vinculen su temprano fracaso en el foro de Atlanta con una prematura devoción a la justicia absoluta. Desde una u otra perspectiva la vida de Woodrow Wilson anterior a su actuación presidencial, no ofrece ni los súbitos contrastes que habitúan a la adversidad, ni el éxito temprano que impele a la ambición, ni la fatiga humilde que enseña el sacrificio. No va él tampoco, en la eclosión de una juventud vigorosa, a dormir como Roosevelt bajo las carpas de los ganaderos del Dákota, ni alterna en los ocios de una aristocracia universitaria deportista y *snoh*.

Su cultura y su alma se formarán sin sobresaltos. Bajo la moderada influencia de su padre—teólogo y pastor—un gérmen místico se hunde en su conciencia. La vida en los Estados del Sur, donde la supresión de la esclavitud no representa el término de un sistema feudal, le hace, por contraste, enemigo del monopolio y de la expoliación; la licencia peligrosa de los métodos universitarios, el exclusivismo de los grandes centros científicos y profesionales, le convierten en partidario de una Universidad abierta para la juventud de todas las clases y de una disciplina moderada y austera; el afán científicista, la consagración pretenciosa de especialidades inútiles, le dan el gusto de la cultura clásica armoniosa. ¿Acaso es un espíritu contradictor y dominante? ¿Busca en la oposición a la realidad voluptuosidades de luchador o escenario personal? No, absolutamente. La realidad le ofrece un raro espectáculo de desigualdad o de error que choca con su ideal justo. Y entonces combate, pero a veces mucho más tarde, en el momento que juzga propicio y siempre con serenidad, con la palabra o con el libro.

Después de un crecimiento tranquilo del espíritu, empieza gradualmente su obra directora. Está llamado a ella por un destino evidente y propicio. Presidirá Princeton, la Universidad de sus afectos; presidirá los Estados Unidos, la vasta democracia de sus concepciones; presidirá, finalmente, la humanidad de sus ensueños. En cada momento de su ascensión

progresiva las fuerzas ocultas del destino abrirán su camino. Ha de ser Rector y la Universidad le elegirá sin sorpresa; ha de ser Presidente y como su credo demócrata dificulta la elección millonaria, los adversarios se dividirán frente a él para darle el triunfo; ha de intepretar grandes ansias humanas y los males de un orden internacional destructible harán crisis tremenda.

Así se juntarán en el momento preciso el hombre y las situaciones, pero, superior a ellas, el primero las subordinará a su fe. Luego llegará el instante del renunciamiento en la apoteosis, de la negativa a abandonar un principio, del sacrificio por la integridad del ideal; solemne instante en que alcanzará las proyecciones alternadamente luminosas y sombrías de la sublimidad.

Héroe a la manera de Carlyle, en el momento supremo de su vida, "será como un relámpago del cielo; los demás lo esperarán como combustible que él encienda y lo convierta en llamas". Reformador en el sentido emersoniano, "seguro de que hay más cosas por venir que las ya vistas, subordinará la hora presente a la vida entera, los recursos del talento y los resultados especiales al principio genial, en una sed insaciable de divinas comunicaciones".

Las actitudes del político, la obra del publicista, las lecciones del profesor, tienen en la biografía de Woodrow Wilson una importancia de segundo plano. Como él, mejor que él, otros hombres hicieron de la historia límpida fuente de experiencia, de la ciencia constitucional perfectas especulaciones, de la observación de los males sociales base de nobles campañas. Si frente a su Presidencia no se hubiera quebrado el ficticio equilibrio de Europa; lanzado millones de hombres a las armas vejado el derecho, devastado la Tierra, y clausurado los mares, el pensador en potencia marcaría una personalidad con vigor pero sin gloria en la vida de los Estados Unidos.

Fuera de los campos eruditos interesa su vida anterior porque en ella germina el alma que después se expande ante la humanidad esperanzada. Pero para ésta sólo ha vivido el presidente de la guerra y de la paz, de la firme neutralidad, de la unidad moral americana, de la justicia internacional, de la Sociedad de Naciones.

¿Hay en la palabra y en la acción del Presidente, una doctrina? ¿Tienen la unidad de una concepción política y jurí-

dica? ¿Se han concretado en realidades benéficas o en fuerzas morales indisolubles? ¿Ofrecen las expectativas de una organización internacional? ¿Merecen ser más que un plan? ¿Pueden alcanzar los místicos relieves de un evangelio?

Ciertamente que sí. Sin las pasiones de ambición insaciada o de rencorosa desventura que ha revelado una parte de la prensa europea ante la muerte del Presidente, quienquiera que se eleve a pensamientos serenos y no se pierda a una palpable emoción humana, habrá de convenir en que existe por él sobre la Tierra una doctrina nueva: el Wilsonismo.

Sistema orgánico de ideas, aunque sin realización completa. Plan de una asociación colectiva aunque sin la originalidad total que el consuelo de los mediocres no reconoce bajo el sol. Principios morales que son simple reflejo del sentir de los hombres superiormente interpretado. Hay que reconocer estas grandes relatividades; pero cómo negar que por la tenacidad con que se expresaron; por el lenguaje emotivo que su elocuencia les prestó; por la tribuna inmensa y la hora trágica en que fueron pronunciadas; por su raíz moral, por su espíritu de justicia, por su forma de amor, las ideas del Presidente elevaron los corazones y dieron un motivo al sacrificio humano, una esperanza, una convicción.

Tales ideas no surgieron, como ya hemos dicho, de las circunstancias. Tenían su puesto en el pensamiento ya cristalizado del Rector de Princeton; vinieron muchas veces a los labios del candidato demócrata en 1912.

La necesidad de la evolución universal brota antes de que la guerra la demuestre. "Nos hallamos—dice—en un mundo nuevo que vive bajo unas leyes viejas". Y como siente la urgencia de preparar a los futuros ciudadanos para la sociedad futura, el profesor proclama "la tendencia a que los jóvenes de la generación naciente sean lo más distinto posible de sus padres". Pero las formas del mañana no han de venir por revolución sino por una construcción sabia sobre lo que pueda aprovecharse en el pasado: "Si no creyera que ser progresivo es conservar la esencia de nuestras antiguas instituciones, renunciaría a serlo". Lo será sin embargo, más tarde, en el orden internacional, predicando la destrucción total de quebrados sistemas.

Preocupa por igual al profesor y al demócrata, la transformación de una sociedad política exclusivista, influida por los grandes intereses económicos. Alza contra los monopolios una voz de amenaza. Después, desde el gobierno, no podrá exterminarlos, pero aun cuando no le guía "el más leve propósito de perjudicar a la riqueza" y, al contrario, "le avergonzaría exitar el odio de clases", cree que "la riqueza del país brota de manantiales que ha creado el monopolio" y, recomendando su programa, dice: "Necesitamos que surja un hombre que no esté asociado con las clases gobernantes ni con las influencias dominadoras; necesitamos oír una voz que llame al pueblo americano para afirmar sus derechos al gobierno del país".

Ese pueblo americano que él invoca y ama, es el pueblo que trabaja y obedece pero que no participa en el gobierno político. Como algunos años más tarde cuando dirige a los beligerantes nobles admoniciones, él quiere que la masa esforzada y anónima sea escuchada y obedecida; le desgarró su sacrificio involuntario. El gobierno de círculo o de clase, llámese potentados de la industria o autocracia prusiana, le irrita; y cuando en 1918 habla al mundo sobrecogido, gusta de hacerlo en nombre de su pueblo y exige para tramitar el armisticio que Maximiliano de Baden tenga una delegación clara del pueblo alemán.

¿Cómo no encontrar una profunda y sincera convicción de su vida en tales actitudes si cuando no podía preverlas enseña que "hay que contar con la iniciativas, con la producción y con las ambiciones de los anónimos. El renuevo de todo país sale de estas filas de los anónimos, no de las filas de los poderosos y dominadores. Una nación es una cosa viviente, no una máquina"?

E intensificando su doctrina cristiana, dice: "Mi interés va hacia aquellos hombres que todos los días van a su trabajo silenciosa y pacientemente, llevando el peso del mundo de los negocios". "El genio que remozó las energías de los pueblos es el que surge de las filas anónimas. La historia y la observación nos dicen que la verdadera sabiduría de la vida humana arranca de la experiencia del pueblo". Quiere generosamente "conocer el pensamiento de todos, el de esa gran multitud que pasa el día trabajando y por la noche regresa cansada a sus hogares, de esa multitud que trabaja en esas cosas de que estamos tan orgullosos".

Y junto a estas expresiones de solidaridad humana, la profunda pasión de la libertad. "Yo preferiría—exclama fervorosamente—pertenecer a una nación pobre y libre, más bien que a una nación rica que hubiera cesado de amar la libertad".

Con tan sólido raigambre espiritual, el Presidente Wilson se enfrenta desde la Casa Blanca a la guerra mundial.

A partir de este momento el Presidente busca una identificación constante con el sentir de los Estados Unidos. Conservan ellos desde la despedida de Washington, el horror de la aventura lejana, el desinterés en los conflictos extraños. Estos sentimientos se agravan con el espectáculo de violencia única de la guerra, pormenorizado y difundido por una prensa gigante. La neutralidad frente al conflicto que tras de un siglo de gestación estalla en Europa, se impone a la democracia laboriosa, ávida de utilidad y de paz. El Presidente lo reconoce, pero quiere vestir a la neutralidad con un ropaje de simpatía y proclama que el verdadero espíritu de la neutralidad no es sólo de imparcialidad, sino "de amistad para todos los que toman parte en la lucha".

La amistad supone la cooperación para aliviar el dolor de la guerra. Asiste, por eso, el Presidente, satisfecho, a la espléndida eclosión de la riqueza de los Estados Unidos sobre la sangrienta miseria de Europa.

Pero la guerra va a provocar una larga crisis de la neutralidad. La industria de los Estados Unidos alimentará la hoguera y el oro de los pueblos en furia colmará las arcas de los manufactureros. La superioridad naval de las potencias aliadas clausura prácticamente el aprovisionamiento de Alemania y, por consiguiente, la ayuda de los fabricantes norteamericanos sólo funciona para las potencias que dominan el mar. De aquí va formándose en Alemania un sentimiento de rencor contra los Estados Unidos que desborda al buen sentido y lleva al Almirantazgo a disgustar reiteradamente al gobierno de Washington y al pueblo americano con medidas de guerra que limitan sus actividades industriales y sus derechos de neutral, primero, y que terminan por ofender su orgullosa bandera y sacrificar vidas de sus ciudadanos, después.

Empieza entonces una etapa admirable en la actividad del Presidente. Comprende que si la paz no sobreviene rápidamente, Alemania, cada vez más ahogada, no reprimirá la campaña submarina, cada vez menos restricta, que es el arma suprema de su defensa en el mar. Comprende que la paz sólo puede venir de Washington, única alta cumbre que las aguas sangrientas no han cubierto todavía, o de Roma, de donde las palomas blancas de San Pedro pueden volar sobre la tormenta. Pero Roma es débil y teme al cisma de la Iglesia comprometida por los católicos que en uno y otro bando llevan su cruz consoladora. Washington, por el contrario, es fuerte.

No gusta, sin embargo, el Presidente de invocar su formidable poder férreo sino su fuerza moral incontaminada. Pero el Presidente también comprende que la paz puede fracasar, que es casi inevitable que fracase, porque es la paz sin victoria que no sacia el furor de los combatientes y que debe, en consecuencia, afrontar la posibilidad de la guerra, de la guerra para su pueblo arrastrado a la vorágine por la crisis inevitable de la neutralidad.

¿Qué hará entonces el profesor frente a la acción? ¿Quebrará sus dogmas y arrojará sus libros en un desvanecimiento de sus esperanzas? ¿O tendrá la locura divina de preparar su noble metal de ensueño para forjar en la fragua de la guerra una nueva humanidad calcinada de pecado y de odio?

El hombre será digno de la Historia. Procurará en un esfuerzo tranquilo salvar todavía la neutralidad de su pueblo, razonar frente al delirio; cubrirá el Atlántico de papel y afirmará incansablemente su derecho. Pero, previsor y sicólogo, la gestión pública le servirá para formar la conciencia uniforme de una nación cien veces millonaria, que irá templando lentamente sus aceros. Consciente de la fuerza incomensurable que maneja, desplegará ante el mundo su imponente grandeza y su prudencia. Y sin olvidar la posibilidad leve de la paz, le dará la autoridad de su voz y la hará sugestiva por la esperanza en la futura solidaridad internacional.

Todos sus caminos conducirán a la justicia y esperará con ella, sin nerviosidades, el juicio de Dios.

La defensa de las prerrogativas de los neutrales forma páginas que se incorporan con honor al Derecho Internacional contemporáneo. Los pueblos débiles encuentran en ellas demostraciones de sus derechos. Durante treinta meses los Es-

tados Unidos, con un vigor creciente, reclaman y protestan, pero no son escuchados. Las violaciones se multiplican, la vida y las propiedades de los neutrales sucumbe como la de los beligerantes. Alemania, ciega de ambición imperial, llega a preferir que los Estados Unidos bajen también a la arena ensangrentada para liquidar el porvenir en una hecatombe múltiple. Y por eso la enérgica diplomacia de las notas se hunde en el mar.

Lógicamente la gestión para la paz había de fracasar también. En vano el Presidente esgrime "el espléndido valor de la fuerza moral contenida de los Estados Unidos".

Para prestigiar su gestión afirma que "los Estados Unidos son depositarios de la herencia más grande que una nación haya recibido jamás: el amor a la justicia, a la equidad y a la libertad humana". Continúa queriendo una "paz sin victoria" en que los combatientes tornen a sus hogares sin rencores y por la que no sea posible volver a "tomar por sorpresa al mundo" porque imperará "una diplomacia nueva y más sana" y avanza la idea de que "los Estados Unidos están dispuestos a tomar parte de cualquiera asociación práctica de naciones que se constituya para realizar estos objetos y protegerlos contra cualquier violación" y, para fortalecer con la esperanza de los oprimidos su prédica generosa, adelanta que "cada pueblo tiene derecho de escoger la soberanía bajo la cual ha de vivir".

Los Estados Unidos, paralelamente, van despertando a la conciencia de una misión histórica; su orgullo nacional se hiere ante la despectiva indiferencia alemana; empiezan a sufrir dolores propios y la elocuencia mesiánica del Presidente ennoblecendo las almas las impulsa a la acción.

El egoísmo de los pueblos aliados ha reprochado en diversas ocasiones al Presidente Wilson su tardanza en intervenir en la guerra de Europa y sus proposiciones de paz sin victoria. Olvidaron que sin el calor de las rivalidades históricas, sin interés en los problemas que provocaron la guerra, sin el hábito de tomar las armas, con influencias étnicas encontradas, los Estados Unidos no hubieran ido nunca a la guerra sin que un espíritu nacional estuviera consolidado y que sólo la catequización luminosa del Presidente pudo formarlos. Y también olvidaron que antes de que las frescas legiones americanas llegaran a las líneas de batalla, la paz sin victoria parecía ser menos en favor de Alemania que en el de las potencias aliadas.

Al iniciarse el año 1917, los Estados Unidos estaban en aptitud de imponer la paz por la guerra. El Presidente había, con su sabia política, unificado el sentimiento de cien millones de hombres y el carnicero de Chicago, el banquero de New York o el cinematografista de los Angeles, se harían matar por el honor de los Estados Unidos y la libertad del mundo.

No envuelve en su idealismo el Presidente, las necesidades inmensas y precisas de la campaña, pero al iniciarla dignifica la guerra dándole móviles excelsos. Sigue amando ingenuamente a los hombres así sean enemigos: "Contra el pueblo alemán no tenemos resentimiento. Para él no tenemos sino sentimientos de simpatía y amistad. No fué impulsado por ese pueblo que su gobierno inició la guerra. Si los Estados Unidos luchan es por la humanidad sobre todo y por una humanidad libre y al amparo de la justicia". "El mundo debe hacerse un lugar seguro para la democracia. La paz debe descansar en los cimientos probados de la libertad política. No tenemos fines egoistas a que servir; no deseamos conquistas ni dominios; no buscamos indemnizaciones para nosotros; ninguna compensación material por los sacrificios que hagamos libremente. Sólo somos uno de los campeones de los derechos de la humanidad. Nos declararemos satisfechos cuando puedan estar asegurados hasta donde puedan asegurarlos la fe y la libertad de las naciones"

Y mientras pronuncia sus oraciones magníficas, el profesor vuelto capitán acaricia la espada: "Entendámonos claramente. Nuestra tarea actual e inmediata es ganar la guerra y nada podrá distraernos de este propósito hasta no realizarlo".

Lo realiza tan bién que dos millones de hombres traspone sin zozobra el océano y sirven de brazo a la victoria en los campos de Francia; que toda la actividad industrial y toda la fortuna de la nación equipan a la Europa aliada y que el continente americano plegado a la causa del Presidente le presta su calor moral.

Vencida la guerra la tarea está al empezar. Hay que hacer la paz. En medio de la metralla el Presidente la planeaba ante el mundo ganado a su fe fanática, ávido de justicia, extenuado de dolor.

La expresión más concreta de su pensamiento generoso hay que buscarla en el famoso mensaje del 8 de enero de 1918 ante el Congreso. Sabido es que lo enunció en catorce puntos que el clamor del mundo saludó como a las tablas de la nueva ley que ansiaba.

Leal a sus ideas de todos los tiempos, el Presidente quería una diplomacia pública; que los mares fueran libres en paz y en guerra; la igualdad de oportunidades económicas; reducción de armamentos por uno y otro grupo beligerante; arreglo especial de los derechos coloniales; arreglo del problema ruso sobre el reconocimiento de sus propias instituciones; evacuación y restauración de Bélgica, de Francia, de Rumanía, Serbia, y Montenegro; soberanía del Imperio Otomano genuinamente turco y garantías de vida autónoma para las nacionalidades antes subyugadas por él; reconstitución de Polonia; y formación de una Liga de Naciones.

Estos puntos fueron desarrollados o completados en otro mensaje del 11 de febrero y en un discurso pronunciado en Mount Vernon el 4 de julio del mismo año 1918.

Según ellos cada parte del arreglo final debería basarse en la justicia de ese caso particular; los pueblos y Estados no podrían ser transferidos sin su consentimiento de una a otra soberanía, haciendo los arreglos territoriales en su beneficio y satisfaciendo las aspiraciones nacionales bien definidas; serían libres los arreglos de las cuestiones internacionales y existiría igualdad de derechos y respetos entre los Estados.

En síntesis supremas el Presidente explica su programa. Sin verbalismos confusos, busca la nitidez de frases breves y claras. El entiende la diplomacia pública como la está realizando desde su cumbre democrática. Parece olvidar que es el amo del mundo y que mientras de su mano dependa la victoria, los gobiernos no contradecirán su credo, reservándose darle la áspera lección de los hechos fatales. Sueña con "convenciones de paz conocidas de todos, preparadas a la luz meridiana, después de las que no revivan los acuerdos particulares sino una diplomacia que proceda francamente siempre y a la vista de todos". Un año más tarde comprende que yerra y en las

luchas desleales del Consejo de los Cuatro transije con la penumbra discreta de los gabinetes y, como teme debilitar por la discusión sus propósitos, calla hasta a su séquito oficial cuyo aliento podía asistirlo en la ruda batalla. Llega a ser tan exclusivo, que él mismo maneja su máquina de escribir en largos desvelos y que, mientras la prensa de París se vocea en las calles protestando contra su misterio, las lámparas regias del Palacio Murat perforan la mañana oscura delatando su labor solitaria.

Por el mar le ha venido la guerra, sobre el mar quiere fundar su gran paz. En páginas magistrales, Guillermo Ferrero ha estudiado la influencia del mar, primero en la cooperación y después en la desentendencia de los Estados Unidos. Pien­sa que un gran pueblo industrial y expansivo necesitaba luchar por la libertad de los mares a fin de que nunca más su bandera encontrara derroteros cerrados por la guerra o la ambición imperial de otros pueblos; que al destruir el peligro alemán consagró él la supremacía inglesa, encontrando que el problema revivía en formas más graves, y que, impo­ tente para resolverlo, sobre el mar regresó a su aislamiento magnífico que el mar paradójicamente amenaza y protege.

El Presidente quiere una libertad de los mares en el doble concepto de la navegación franca "tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra" y de acceso a las rutas marítimas "de hecho y de derecho deben ser libres" porque esta libertad de los mares es "una condición *sine qua non* de la paz, de la igualdad y de la cooperación". En consecuencia pide salida a las riberas del mar para Serbia y Polonia y escucha el clamor de Bolivia por volver a asomarse al Pacífico de donde la arrojó la conquista. Pero se da cuenta clara de que la libertad de los mares no es un problema de tratados sino un problema de hechos; que mientras subsistan las invencibles armadas se cernirá sobre las aguas un peligro continuo y prácticamente los beligerantes impondrán en ellas su ley de necesidad y de violencia; que hay, por lo tanto, que ir a la limitación de armamentos navales y que ésta "abre la cuestión más vasta y difícil de la limitación de los armamentos terrestres", puesto que la primera crearía una supremacía de las potencias continentales sobre las marítimas inaceptable para éstas.

En ningún punto de su programa comete más grave claudicación el Presidente que en éste de la libertad de los mares

y de la limitación de armamentos. Después de la victoria y del encadenamiento de la flota alemana, el poder marítimo de Inglaterra surge mucho más vigorosa. Mantenerlo y desarrollarlo ha sido la vértebra dorsal de su política, ¿cómo habrá ella de olvidarlo en el momento en que desaparecen en Scapa Flow los restos de la escuadra rival? Por eso Inglaterra no vacila en poner en peligro el armisticio haciendo la reserva de su interpretación de la libertad de los mares y el Presidente calla por primera vez ante la realidad desoladora.

Seguirá callando en la Conferencia de París. Y el tratado de Versalles despedazando el poder naval de Alemania y prohibiendo su resurgimiento, da a Inglaterra el dominio arbitrario y caprichoso del mar. Limita los armamentos, pero sólo las armas quebradas de los pueblos vencidos. Los humilla por un control minucioso y tolera si no alienta el armamentismo de los vencedores. De Versalles regresa la Europa con banderas desplegadas y tambores batientes, no a dormir de nuevo sobre su mochila sino a montar la guardia en el trágico Rhin de las invasiones.

Sonoro, estupendo fracaso del iluso profesor que desde su colina veía los océanos infinitos abiertos al genio comercial de su pueblo y no presagiaba la tormenta más allá del horizonte; que, identificado con el alma pacífica de su democracia imperial—evidente paradoja—concebía a millones de hombres viviendo sin prepararse a la guerra, que iban a ella por la justicia y fundían después el cañón en arado, sin soñar con hegemónías militares y arsenales tremendos.

Convencido de que la fatiga de la humanidad pedía el desarme, no supo medir hasta donde podría imponerse esa voluntad colectiva o temió provocar conmociones internas en los Estados doloridos de Europa. Tal vez pensó en que su instrumento supremo, la Liga de las Naciones, era más eficaz que medios enérgicos de difícil aceptación para el chauvinismo ebrio de los triunfadores, medios llenos de complicaciones materiales, difíciles de comprobar sin desconfianzas hirientes.

Recogiendo esta página capital y rasgada de su programa, sus enemigos dieron al Presidente una dura lección. Frente a la debilidad juvenil de la Liga de las Naciones para imponer un desarme limitado, abordaron con franqueza desconcertante el problema de la limitación de armamentos navales y provocaron, bajo la presidencia de Harding, la Conferencia de Was-

hington que es el paso más práctico que el mundo haya dado hasta hoy para reducir la posibilidad de guerras devastadoras. La convicción de la influencia wilsoniana no puede ir hasta atribuirle este éxito que tiene, antes bien, un sentido de enmienda impuesta por espíritus voluntariosos a su vasta ideología. Tampoco podría negarse que sólo el, durante cinco años, elevó la autoridad de la Casa Blanca hasta el punto de imponer soluciones a los viejos poderes resabiosos.

La tendencia primaria de su espíritu justo llevaba al Presidente a amparar a los débiles. De allí su teoría sobre los regímenes coloniales en que "los intereses de las poblaciones en causa deberían pesar tanto como las reivindicaciones equitativas de los gobiernos cuyos títulos se examinen". Transforma por la realidad que exigía la disolución del imperio colonial alemán, esa teoría había de servir de cuna al régimen de los mandatos, bella conquista del Derecho Internacional contemporáneo por la que se abre a los pueblos de civilización y cultura política deficientes, la aptitud de llegar a ser libres, en un proceso de emancipación gradual, científica casi.

En adelante—clama el Presidente—las aspiraciones nacionales deben ser respetadas; los pueblos no deben ser dominados y gobernados sino con su propio consentimiento. La propia determinación (*Self determination*) no es una simple frase. Es un principio de acción imperativo que los hombres de Estado no ignorarán en el porvenir sin grave perjuicio. Debe darse satisfacción a todas las aspiraciones nacionales bien definidas".

Aquí, allá, sobre la vasta extensión del planeta, secularmente dormidas u ofreciendo todavía en su cadáver las huellas del crimen inexpiable, nacionalidades históricas, fuertes conglomerados raciales, pueblos seccionados por la conquista, esperaban, trasmitiéndose en largas generaciones el fuego del lar sagrado, resistiendo en heroismos aislados la dureza del dominador, conservando en la dulce cadencia de su lengua materna, en costumbres típicas en canciones dolientes, el alma triste de una patria oprimida. Al furor de la guerra se rebelaron algunos en un ímpetu de liberación que podía concluir en más honda servidumbre, otros no tuvieron la oportunidad ni el vigor de erguirse y continuaron aguardando el ilusorio día. Pero ni los primeros veían confirmarse su esperanza, ni éstos abrirse una vía de luz, cuando llegó hasta ellos la voz del redentor de los pueblos subyugados. Renunciando a la milagrosa

posibilidad de una justicia espontánea, trescientos millones de hombres asentían a su palabra y por ella, en el Asia caduca, en el Africa conquistada, en la Europa superpuesta a sus razas solariegas, en la América ya ensangrentada por el fratricidio chileno o atropellada por la propia diplomacia del dollar, los vencidos sonreían a la nueva doctrina. Desde las lejanas islas Filipinas hasta las provincias distantes del Perú, en las Antillas, en el Danubio, en el Rhin, en la Arabia, en la India, pueblos seducidos se lanzaban tras del pastor iluminado.

La paz inmediata trajo estruendosas consagraciones de su doctrina. Renacieron los checos, los polacos, los húngaros; se unificaron los yugos eslavos; grupos étnicos definidos de Rusia poblaron de naciones concientes las márgenes del Báltico; de la desmembración turca se libertaron las víctimas ensangrentadas del despotismo cruel de los califas; Francia volvió al Rhin de sus sueños militares y acarició de nuevo a Alsacia y Lorena reconquistadas; los daneses vieron reparada la fría injusticia de Bismarck. Nuevo y más grande libertador, el Presidente desfacia entuertos seculares y dejaba tras de su discurso una ebullición de ansias patrióticas. Ora los judíos volvían a pensar en Sión, ora en el Perú un impulso moral incontrastable abría a su derecho un horizonte nuevo.

Tampoco olvida el Presidente el dolor gestatorio de Rusia. Quiere que se restablezcan con ella relaciones "que aseguren la mejor y más libre cooperación de todas las naciones para darle oportunidad de determinar sin obstáculos, en plena independencia, su desarrollo político propio y su organización nacional". Quiere verla acogida benévola en la sociedad de las naciones libres "donde entrará con las instituciones que ella misma haya escogido". No logra imponer este punto de vista liberal en la Conferencia de París. El dinero europeo secuestrado por la Rusia bolchevique quiere salir de allí como previa condición para mirar de frente a la inmensa revolución creadora. El ejemplo ruso atemoriza a burguesías capitalistas y a políticos impopulares. La sangre que derrama la república novísima les sirve para espantar al mundo y antes que aceptar la evolución inexorable, los gobiernos ciegos preparan campañas imposibles a través de la estepa, en que ponen su honor y sus recursos al servicio de ambiciosos inhábiles.

Las democracias convencionales son indiferentes u hostiles a la voz del Presidente que pide justicia para Rusia, pero

una historia pronta le dará razón. No habrán pasado cinco años y ya la Europa occidental buscará contactos con un régimen que resulta más perdurable de lo que ella pensó y la lógica política de Ramsay Mac Donald o el cálculo del enérgico oportunista Mussolini, tenderán la mano libre de Inglaterra o la mano sometida de una Italia reaccionaria a Rusia que convive con ellas este siglo paradógico.

En todo su programa nada ama más el Presidente que la idea de una sociedad de las naciones "a fin de procurar a todos los Estados, grandes y pequeños, garantías mutuas y formales de independencia política y de integridad territorial". Los nobles resultados que se persiguen "no podrán ser alcanzados sino mediante el establecimiento de una organización de paz tal que se tenga la certidumbre de que el poder combinado de las naciones libres obstaculizará toda violación del derecho".

Piensa que este poder debe fundarse sobre la opinión universal "como fuerza moral organizada de los hombres de todo el mundo y que dondequiera que sea y en la hora que sea, si una ofensa o una agresión se preparan, esa luz penetrante de la conciencia se concentre sobre estos proyectos y que los hombres pregunten: ¿qué intención alimentais contra la paz del mundo?"

Este empeño está para él por sobre todas las cosas. Voluntariamente dejará en girones su programa en la Conferencia de París si salva la idea matriz de su doctrina. Meses antes del armisticio ya anunciaba lo que significaba en su concepto, para la paz universal. "Será necesario que todos los que se sienten a la mesa de la paz estén dispuestos de todo corazón a pagar el precio, el único precio que nos asegurará esa paz; dispuestos también de todo corazón a crear el único instrumento que pueda garantizar que las fórmulas de esa paz serán respetadas y observadas. Este instrumento indispensable es una Liga de Naciones formada gracias a esfuerzos eficaces".

No tiene la vida de Woodrow Wilson para él mismo, un momento más alto que aquella tarde solemne del 25 de febrero de 1919 en que expone concisamente ante la Conferencia de la paz, el plan de la Liga de las Naciones. Ella es su fanatismo. No niega que no hay originalidad total en su concepción, pero le sobra con el papel triunfador de realizarla. El Presidente es un fanático de la Liga; cuando habla de ella se enciende su figura

grave y la voz tiene prometedoras entonaciones de profeta y enérgicas afirmaciones de hombre de acción.

Un ensayo como éste no permite analizar su plan. La realidad lograda impone tratarlo desde varios puntos de vista. Pero su victoria es neta. La Liga sale de Versalles menos fuerte de lo que la soñó, sufre las influencias de los grandes poderes celosos, las conmociones de la guerra cercana, pero vive. Y vive hasta hoy cada día más vigorosamente. Los gestos incrédulos se rarifican, las naciones fuertes la secundan, sobrevive en Europa hasta las impertinencias de Mussolini agrediendo a Grecia o a las desconfianzas de Francia sobre su presa del Rhur. Sobrevive en América a la rotunda oposición del Senado americano que, como el de Roma, sueña con imponer al mundo. Allá Inglaterra y los Estados menores la asisten con simpatía. Acá un gran pueblo de tendencia imperial—el Brasil—se vincula estrechamente con ella o naciones de espíritu avanzado—Cuba, el Uruguay—cobran a su amparo importancia universal.

Hemos glosado la doctrina del Presidente. Ella tiene grandes tendencias notorias. Quiere la libertad humana, se apoya en la fuerza consciente de las democracias, aspira a la asociación de las naciones para controlarse a sí mismas impidiendo las injusticias internacionales, sueña en la unidad jurídica universal como garantía de una paz favorecida por el desarme y la mutua cooperación.

Para imponerla a sociedades políticas que gobiernan clases ambiciones e intereses impuros, la cimenta sobre la fuerza estupenda de su pueblo joven, sano, robusto, que se ha desahogado por nobles ideas generales, en campañas distantes, por problemas que desconoce o rechaza. Habla confiadamente en nombre del "verdadero sentir del pueblo americano". Protesta de que se le pueda creer un académico sin acceso a las fuentes de la opinión. Seguro de que ha ganado a los humildes, a los que sufren, a los blandos de corazón, se apoya en un sentimentalismo religioso para atemorizar a los egoístas y a los incrédulos. Apostrofa a la Historia en acentos sibilinos y de grave emoción. "Ha llegado—dice en una invectiva magestuosa—un momento supremo de la Historia. Se han abierto los ojos de las gentes y ven. Se ha posado la mano de Dios sobre las naciones. Sólo

derramará sobre ellas su favor si se levantan hacia las luminosas alturas de su justicia y de su piedad”.

Para evitar el reproche de una excelsa vanidad, excusa su empeño personal. “Ni yo ni ningún otro hombre de gobierno ha dado forma a las cuestiones que la guerra entraña. Yo simplemente he respondido en la medida del concepto que tengo, más he respondido de buena gana y con decisión”.

Temeroso, sin embargo, de entregar su programa de paz al apetito de Europa, fanatizado de amor por sus ideales, ciego en la confianza inestable de su pueblo, comete el error trascendental y cruza el océano. Las grandes capitales y los burgos modestos le reciben en palmas. Como el Mesías tiene su Domingo de Ramos antes de ser crucificado; y, talvez envanecido, seguramente equivocado, cree que su presencia impondrá la nueva ley sagrada. Es el instante de la apoteosis. Para aclamarlo las madres olvidan el luto de sus hijos y los protocolos regios se amoldan a su simplicidad; los mariscales reflejan sobre él los oros de la gloria militar y las bocas que lo aclaman se quedan en la nostalgia de una túnica que besar. Cuando en el Capitolio el príncipe Colonna le inviste como *civis romanus*, en realidad parece que desde la Ciudad Eterna los siglos le consagran ciudadano del mundo.

Pero la apoteosis pasa y empieza la lucha sorda de las cancillerías. Sin hábito para ella, sin agilidad en la discusión, demasiado rígido, excesivamente lírico, el Presidente fracasa. Frente a la agresiva tenacidad de Clemenceau, a la habilidad cazurra de Lloyd George, nada puede su academicismo elocuente. Línea sobre línea van cayendo sus planes. Puesto entonces a salvar una sola idea grande, todo lo sacrifica a la organización de la Liga de las Naciones y, para librarse de su idealismo inoportuno, los viejos políticos escépticos la pulen, la desarman y la aceptan en la forma de un organismo de cooperación internacional.

¿Por qué se equivocó el Presidente? Acaso, ebrio de laureles, creyó como los Césares de la edad augusta, que en su mano estaba el destino del mundo. Acaso creyó más en los poderes espirituales de lo que era preciso. Atacado de frente en París, atacado de espaldas en Washington, repasó el océano para recuperar la confianza de su pueblo. En un empeño inútil quiso retraer a la fe cien millones de hombres fatigados de un esfuerzo grandioso, ávidos de volver a su trabajo fecundo y

libre. Talvez si no va a Europa, si envía como un emperador distante sus embajadas, hubiera podido vencer, oponiendo desde la Casa Blanca a las ambiciones europeas el *non possumus* de un Papa laico y severo.

Cuando la paz se firmó ya le era adversa la opinión de los Estados Unidos alarmados por la insidiosa retórica republicana con la idea de una vinculación perpetua a intereses extraños. Desengañado, pero lleno aún de fanatismo, creyendo todavía en el poder de una idealidad magnífica, empezó a hacer una gira por los vastos Estados de la Unión en apoyo del tratado y de la Liga. El cuerpo vencido por el dolor y el esfuerzo flaqueó un día y desde entonces, abandonado a sí mismo, ocultó en el hogar una pesadumbre trágica. Rebelde el alma, arrojaba aún lampos de luz y erguía el brazo indicador para nuevas y tenaces prédicas, cuando la muerte ha venido a consolarle en un cuadro de impresionante sencillez.

No sólo por sus proyecciones universales tiene el Wilsonismo influencia en la vida americana. Sobre la conciencia del Presidente pesaban las injusticias históricas de los Estados Unidos y quería para ellas una reparación material como en el caso de Colombia, cuya reconciliación buscó empeñosamente y dejó casi lograda, o una reparación moral que tranquilizara la inquietud de un continente débil y desconfiado por una dura experiencia. Comprendía que la unidad sentimental de América necesitaba de promesas definidas y del renunciamiento de la ambición imperial. "Los Estados Unidos—prometía—no volverán nunca a tratar de adquirir por las armas un solo pié cuadrado de territorio"; y llevaba su confesión a los límites de la imploración contrita: "Hay entre nosotros algunos que vemos con pesar las relaciones que hemos tenido con Méjico antes de esta generación y los Estados Unidos se avergonzarían hoy de aprovecharse de un vecino suyo". Refiriéndose a la misión protectora creada por la doctrina de Monroe convino en que "fué siempre difícil mantener aquel papel sin ofensiva fricción de los pueblos cuya libertad de acción tratan de proteger los Estados Unidos sin provocar erróneos conceptos respecto de sus motivos".

Para definir el panamericanismo se aparta del concepto inicial de Henry Clay que lo concebía bajo el patrocinio de los Estados Unidos "cabeza natural del continente" y lo enuncia como "una unidad en el mundo de los negocios, copartícipes espirituales que se hallan juntos porque piensan juntos en pronta conformidad de simpatías y de ideales. Separadas estas naciones quedarán sujetas a las entrecruzadas corrientes de la confusión política de un mundo de rivalidades hostiles; unidas en espíritu y en propósitos, no pueden llamarse a engaño respecto de su pacífico destino. Esto es Panamericanismo. Nada del espíritu de imperio existe en él. Es la encarnación efectiva del espíritu de la ley, de independencia, de libertad y de mutuo servicio".

No quiere, sin embargo, que los Estados americanos puedan temer que se retracte de la tradicional protección monroísta y ofrece un apoyo leal. "Somos—dice—los campeones de las naciones que carecen de un poder militar suficiente para poder combatir con las naciones más fuertes del mundo".

Méjico es la pesadilla de su política americana. Cree que en la administración letal de Porfirio Díaz está el origen de su endémica rebeldía; se niega a reconocer el crimen como medio de alcanzar el poder y rechaza a Huerta como a un protervo ensangrentado. No le tolera tampoco que ofenda al vecino gigante, y, por eso, en medio de la protesta del mundo que le reprocha una "hipocresía trascendental", desembarca en Veracruz sus robustas marinerías; pero, con pulso firme, las retira cuando se convence de que es inútil mantener la irrita ocupación. Preocúpase en seguida de justificar su yerro, porque encuentra que contradice sus prédicas. "Nuestro sincero deseo no era otro—dice—que ayudar a un país a librarse de un hombre que en aquel entonces hacía imposible el arreglo de sus diferencias". Confiesa la intervención pero la cree honesta en una sutil justificación de doctor.

No admite que se dude de la justicia futura de la democracia imperial. Llega así a imprudentes afirmaciones que sólo él en el gobierno de Washington pudo mantener: "Si las circunstancias nos han obligado o si nos hemos creído obligados por ellas en el pasado a tomar un territorio que de otra manera no habríamos pensado en tomar, creo estar en lo justo al decir que hemos considerado como un deber nuestro el administrar ese territorio no en beneficio nuestro sino en el de

sus habitantes y poner esta carga sobre nuestra conciencia, no pensando en que es cosa nuestra y para nuestro uso, sino considerándonos como depositarios de esos grandes intereses en representación de aquellos a quienes pertenecen, estando dispuestos a entregarlos a quien de derecho correspondan, a cualquier hora en que esos intereses lo hagan posible”.

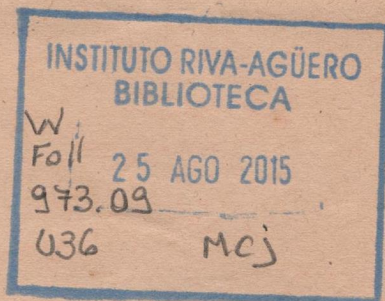
La realidad era otra y otra fué durante la administración del Presidente. Su política universal, su doctrina de libertad y de justicia, tropezó algunas veces, al aplicarse a la América con realidades invencibles por la fuerza con que las sentía el espíritu público de los Estados Unidos. ¿Pudo él reformarlo?

Recuerdo fijamente al Presidente. Le ví en el Capitolio el 11 de febrero de 1918. Escuché su mensaje en respuesta a los discursos de los cantilleros de Alemania y de Austria referentes a las condiciones generales de paz. Ante la concentración silenciosa de una asamblea sin solemnidad natural, él ponía severidad en el ambiente. Pálido por la vigilia llena de preocupaciones, rasurado, escuálido, ascético casi por el semblante, rectangular y tranquilo, envuelto en una leva in-elegante de pastor, clara la voz, voluntarioso el ademán de mandato, su elocuencia magnífica elevaba las almas como un salmo divino. A su frase sobria prestaba el inglés su léxico preciso. Parecía al oírle que de la sala hubieran caído todos los muros y que la proclama se perdiera en el eco de los horizontes en busca de una humanidad atónita, que la escuchaba. Profunda e inolvidable emoción. Avaro recuerdo de un destino generoso que me permite conservar la figura y la prédica en propia y precisa sensación.

Nada más grande en él que el espíritu superior de su doctrina. Nada más fuerte en él que su fanática tenacidad. Ella ganó a la humanidad para su credo. Ella le mantuvo contra la adversidad, la injusticia y el olvido, hasta el dintel de la muerte. Su figura es más noble que nunca en esa tarde del último invierno en que multitudes devotas pasaron frente a su puerta en la esperanza de verle y el viejo paralítico, dominando la impotencia, les habló de su fe; condenó de nuevo, con el vigor antiguo, la política de los egoismos nacionales y las impulsó otra

vez hacia el porvenir de la libertad humana. Parecería, en la aridez de su vida solitaria, un hermitaño a cuya cabaña llegaran peregrinos fervorosos en demanda de palabras de amor. Pocas semanas más tarde, las multitudes arrodilladas bajo sus balcones mientras en la cámara funeraria el Presidente del mundo, que "estaba listo" para el supremo instante, agonizaba, simbolizan a los que sueñan y créen y seguramente a la Historia.

Alberto ULLOA.



PUCP - BIBLIOTECA
55543109765326

